

## CARTA DEL EDITOR

Benin es un pequeño país del África Occidental, que cubre apenas 112 000 kilómetros cuadrados y tiene 3 millones de habitantes. Antes se llamó Dhomey, mucho más antes floreció allí una de las civilizaciones subsaharianas más avanzadas, a orillas del Níger. Desde el siglo XVI, los europeos lo convirtieron en uno de los centros importantes del degradante tráfico de esclavos y esa fue su "materia prima" hasta el siglo XVIII. Luego sufrió la ocupación francesa durante 80 años que expolió sus pocas riquezas agrícolas y la convirtió en uno de los países más pobres del mundo. El analfabetismo alcanza el 80% de la población. Existe un médico por cada 30 000 habitantes y el PNB per cápita no alcanza a 120 dólares anuales. En octubre de 1972 Dhomey logra su independencia, después de 80 años de luchas sangrientas anticoloniales. Y en noviembre de 1975 anuncia su cambio de nombre por el de República Popular de Benin y proclama la vía pacífica hacia el socialismo.

Desde ese lejano rincón del mundo me envían dos artículos científicos para su publicación en nuestras revistas. A su autor no lo conozco, pero lo imagino alto, joven, robusto, inquieto y de oscura piel del Níger. Pero ya no es un esclavo, como su bisabuelo: es un geofísico y un matemático, y esos dos artículos, modestos, primarios, de metodología elemental y manejo inexperto de los símbolos, son sus primeros ensayos en algo que debemos definir. Adjunta, una breve carta que no me resisto a reproducir.

"Thank you very much for your two letters and very useful comments. I have done my best to meet the requirements of your reviewers, though, due to inadequate facilities over here, I am unable to make the preparation of the manuscript as nice looking as your requests.

Further, Nigeria is an English speaking country and, hence, standard of English speaking and writing is high. However, should the paper be accepted, the Editor has right to change any part of the sentence or word to suit your Editorial policy of your journal . . .

...Further, sorry for my inability to write the Greek letter  $\zeta$  properly, but hopes that no problem will arise for that. Expecting your reply. . ."

Estas líneas llaman a la emoción y obligan a reflexionar, golpeando directamente sobre la conciencia crítica-autocrítica de cada académico en cualquier parte de la Tierra, joven o maduro, joven especialmente, porque plantean, entre líneas, nada menos que la agobiante pregunta: ¿qué cosa es la ciencia?

A menudo la ciencia se identifica con esas estructuras gigantistas, pobladas de tecnología altamente sofisticada, poblada de recursos materiales y humanos, donde se estudia el cáncer, la fisión del átomo o la otra cara de Venus y también aquello que interesa directamente a las Fundaciones más que a las Universidades. Sí, eso es la ciencia.

Pero reflexionemos un instante en este individuo que vive en el corazón del África, trabajando en un "centro" huérfano de medios y de técnicas, solitario, sin equipo alguno a su alcance, esforzándose para saber más, para ampliar su área de conocimiento, para avizorar horizontes remotos a dónde poder comunicarse con otros investigadores y mostrar que él también trabaja y sacrifica para transformar el mundo por el estudio y por la praxis. ¿Cómo llamaremos a esa conducta humana intelectual? ¿No es, acaso, ciencia y tan ciencia como la otra? ¿No es, acaso, la lucha eterna e infinita del hombre por acercar el pensamiento a su objeto? ¿No es digna de admiración y de respeto esa lucha individual y solitaria con el alfa y el omega, con una especial dificultad para reproducir la letra griega "XI" (ξ) que no le sale y ese enfrentar quijotesco a la materia y sus fenómenos? Sí, naturalmente, eso es ciencia.

La ciencia no tiene patria y mucho menos metrópoli. La ciencia es universal y pertenece al hombre y su especie y esa especie está dispersa por el mundo, interrogando al Universo, exigiéndole respuestas, que serán limitadas y relativas porque el saber nunca termina y porque también la historia condiciona y determina los niveles del saber en el gran Instituto gigantista y en el humilde laboratorio desguarnecido del estudioso a orillas del Níger.

Este mensaje que viene de África es para todos una enseñanza y un estímulo, una conducta y un ejemplo.

No hay lugar en la Tierra donde el ser humano no busque el porqué de las cosas, con muchas computadoras o con ninguna o con el artefacto artesanal. Sólo así puede desarrollar su proceso la ciencia y seguir transformando y "humanizando" la naturaleza. Esta es la enseñanza que me transmite este lejano mensaje y que propongo a la meditación de cada académico joven de este Instituto.

El Editor